

C A R A Y Por IGNACIO AGUSTI C R U Z

progreso y regresión

TODOS los años por esta época se nos plantea la siguiente cuestión: el mundo está pasando por una grave crisis; los acontecimientos, cuya reseña leemos a largo del año en las columnas de los periódicos, tienen tintes sombríos y a veces espeluznantes. Lo cual no impide que las gentes realicen actos que indican una absoluta indiferencia hacia la gravedad de la situación. En efecto, basta con lanzarse a las carreteras para advertir el tráfico incesante de seres humanos en busca del solaz hacia los climas donde el sol calienta y el agua de las playas es transparente y fresca. Se nos antoja que existe una desproporción entre lo que ocurre al nivel político y lo que ocurre al nivel simplemente humano. Naciones como Francia, que han estado viviendo años de trágica convulsión, al tiempo en que sufría en sus ciudades el desgarrón del plástico, de la huelga agresiva y del atentado sangriento, simultaneaba con la sangre y la zozobra el placer de gozar de unas vacaciones colectivas, hechas de relajo físico y de abundancia y *comfort* económico. Francia está siendo, a la vez, el país de O. A. S. y el de Brigitte Bardot y del *streep-tease*; mezcla contradictoria y sabrosa de gamas y sabores que podríamos considerar como una característica de nuestro tiempo.

Lo que ocurre en Francia ocurre, sin discriminación, en porciones muy amplias y distantes del globo. Nuestra época es, a la vez, razonable y ardiente, frívola y grave, olvidadiza y obsesiva. Los pueblos jóvenes nacen en ella a la luz de la Historia con un estilo perentorio y desacostumbrado. No se sabe exactamente en qué pueda consistir la liberación de unos pueblos que seguirán marcados durante años, o quizá siglos, por el signo de su inferioridad natural; pero también esto se asemeja al descaro y hasta la incongruencia de un *streep-tease* político, en el que se considere que lo más sano es prescindir de los corsés y corpiños que durante tiempo sirvieron de armadura a esa matrona —femenina, al fin— que es la Historia.

Los filósofos y los sociólogos, en una mayoría, opinan que estas contradicciones vitalistas son signo de salud y no se cansan de decir, en ensayos y artículos, que el mundo está buscando formas nuevas y horizontes distintos. A rastras de la táctica progresista y un poco ciega que empuja al mundo en oleadas ideológicas, la mudanza correría el riesgo de convertirse en un movimiento continuo de difícil control. Cambia la faz de los pueblos y la estructura de los continentes, cambia el urbanismo y la crítica, cambian las artes plásticas y las virtudes de la locomoción y del viaje. Dentro de unos años podremos irnos en un cohete a alguna parte del espacio, a condición de que esta esté lo suficientemente alejada para justificar el impacto de salida. Ya

no queda nada de los grandes plafones que podrían pintar en esta época los Miguel Ángel que, sin duda, podrían nacer. «La botella y la manzana han destruido a la batalla», se lamentaba un poeta ante la aparición de los primeros impresionistas. Ahora ya no existe ni botella, ni manzana, ni bodegón alguno, en esta época sin objetos tangibles, en la cual, cada vez más, el vaso de vino constituye una reminiscencia de antiguos decadentismos; en la que el zumo de la vid y el saboreo y el diálogo quedan destruidos por el producto químico, la pastillita y la ficha fría.

El progresismo fue una idea filosófica, social y económica que alumbraron nuestros bisabuelos, estupefactos ante la aparición de la primera máquina a vapor. Era natural que aquel adelanto asombroso creara una filosofía y que sus consecuencias fueran cantadas por los barbudos vates de hace cien años. Desde entonces el proceso de los adelantos ha sido continuo, singularmente en los años que van desde la última guerra hasta nuestros días. Pero ser progresista hoy a la manera como se era progresista hace cien años constituye, a nuestro parecer, una clarísima demostración regresiva. Ello equivaldría a regresar a unos ideales que ya alcanzaron su culminación cuando la máquina de vapor echó a andar sobre raíles.

Justamente lo que es preciso que ocurra no

el hombre: un punto de partida

En el camino de regreso a la tierra, que también los filósofos deben realizar acompañando a los astronautas, no estaría de más que los puros especuladores de las ideas pudieran convertirse otra vez en auténticos guías de esa abigarrada muchedumbre que transita por las carreteras. Hace un par de siglos un filósofo era una mente especulativa rodeada de silencios por todas partes. Hegel o Kant no necesitaban desplazarse más que a la caída de la tarde para dar un paseo por el parque de su ciudad, y así incubaban toda su filosofía. Estos señores y otros muchos se dedicaron rigurosamente a un objeto: descubrir la dimensión del hombre y la función del devenir humano. Hoy es, por lo visto, más difícil que entonces arriesgarse en especulaciones de tipo tan grave y trascendente. Los hombres que piensan, piensan comunitariamente para una serie de implicaciones sociológicas en las que el hombre desaparece individualmente y se engrana a un complejo de teorías económicas y geopolíticas generales.

Este hombre, el hombre que desaparece día a día de la atención de sus semejantes, es, seguramente, también el hombre de Buchen-

es la adhesión al progreso y a la técnica, sino la regresión al hombre. En el conjunto de contradicciones de esta época, en aquellas que anotábamos que nos llaman la atención, nos parece que están claras las exigencias de un dualismo evidente. Por un lado los aparatos portentosos que la técnica ha puesto al alcance del hombre y que le permiten desplazarse con facilidad y a poco precio, rodearse de todos los utensilios que han de hacer amable su existencia, beneficiarse, en suma, de todos los adelantos del progreso en estos años. Pero por otro lado la realidad misma del hombre, que no ha cambiado en su sustancia, sino sólo en su indumento, desde el día en que todos estos gajes existen. En definitiva, dentro de su cápsula, el astronauta Carpenter sentía las vivencias de cualquiera de sus antepasados; el cúmulo de aparatos que servían para controlar su presión arterial, el ritmo de su pulso, su capacidad de visión, la fuerza de su memoria, su sensibilidad física, no alteraban el hecho de que estuviera allí un alma humana capaz de efusión, de dolor y de gozo. Y en la parda tierra que estaba a sus pies, ya con la curvatura cósmica de todas las estrellas, centenares de millones de seres se hallaban en la misma disyuntiva; porque la técnica, que hará más rápida la aventura del hombre, seguramente no conseguirá alterar ni un ápice lo que es el hombre en sí

wald o de las fosas de Katín. El hombre ha desaparecido de la especulación de los filósofos para desintegrarse después en Hiroshima o desleírse trágicamente en las cámaras de gas. Este mismo hombre ha desaparecido de las novelas, de la obra de arte plástica y aun de espectáculos tales como el cine o el teatro, en los que se va a la exaltación comunitaria y borrosa de los grandes sucesos colectivos. Reinventar el hombre sería, a nuestro juicio —más que apresurar y exaltar la técnica—, la gran función de nuestros días y, sin duda, la que nos parece más urgente.

Quizá no esté, pues, del todo mal que se vuelva a individualizar al hombre y al héroe, aunque sea en el interior de la cápsula de un cohete. Cuando concurre tanta confusión y la categoría humana resulta en estos tiempos tan borrosa, nos parece un símbolo alentador un hombre metido en una caja metálica que podría constituir la caja de conservas del prototipo humano. Esos Gleen, esos Carpenter, esos Gagarin, mitad mecánicos y mitad arcángeles laicos de nuestro tiempo, están muy lejos, sin duda, de las especulaciones de un filósofo. Pero podrán ser, para el futuro idealizador de un nuevo humanismo, un concepto secreto y elemental, un punto de partida.